

La Fe es la Esperanza

Breves comentarios en torno a *Spe Salvi*,
última Carta Encíclica del
papa Benedicto XVI.

Por CARLOS MANUEL RAYA

De la desesperanza a la Esperanza

Varias agencias internacionales de noticias dieron a conocer el suceso apenas unas horas después de publicada la Carta Pastoral *Spe Salvi*, del papa Benedicto XVI. Aunque el tono en general fue respetuoso, muy limitado a lo informativo, quien suscribe estas líneas leyó, en no pocos sitios de la Internet y de la prensa plana, coletillas tales como que el Santo Padre pretendía, con la citada Carta Encíclica, *actualizarnos el Cielo y el Infierno, reciclar un medioevo contrario a la modernidad, o que nada nuevo aportaba* quien fuera –y sigue siendo- uno de los teólogos cristianos más importantes de los últimos 30 años.

Motivado por la curiosidad, y porque todo lo que escriba el cardenal Ratzinger, ahora Benedicto XVI, es doblemente suculento por su muy peculiar estilo y por la altura de su pensamiento, solicité de unos amigos, y lo más pronto posible, el documento en cuestión. No por sabida la argucia resulta menos chocante: siempre una cosa dice el autor o el hecho, y otra, casi contraria, dicen los medios masivos de comunicación. No es ético que para vender un periódico o una revista se nos pongan en los titulares semejantes cintillos, pues nada más alejado del papa Benedicto que un demiurgo –una especie de *inventor* del mundo-, un mítico Torquemada –el famoso inquisidor- de nuestros tiempos, un *repetidor de ideas* desde sus tiempos de profesor en Tubinga, Munich y Ratinbona.

Pero quien haya tenido la curiosidad y el placer de seguir la obra de este hombre sabio ya estará acostumbrado a esperar de sus escritos el encanto de los buenos escritores –saber decir bien lo que en realidad se quiere decir, como apuntaba Carpentier- y, sobre todo, que sus reflexiones parecen haber estado elaborándose durante años -¿o siglos?- pues sin dejar de ser profundas, complejas por lo temas abordados, tienen la virtud de llegar a todos.

También deberían aprender los medios que al menos con respecto a la Iglesia, nada sucede por casualidad. Si la Carta anterior llevaba por título *Dios es Amor*, en clara referencia a un mundo transido por el desamor, *Spe Salvi, Esperanza Salvadora*, sale a la luz en un momento en que los conflictos bélicos, el renacer de las ideologías totalitarias y los consumismos liberales se autoproclaman salvadores en un Mundo desesperanzado. Tampoco es casual la fecha de su publicación: 30 de noviembre, Fiesta de San Andrés. Andrés, hermano de Pedro, fue el fundador de la Iglesia en Oriente, cabeza primada de la Iglesia Ortodoxa al ser el primer obispo de Bizancio o Constantinopla. San Andrés, cuenta la historia, fue martirizado con la crucifixión durante dos días, y en ese tiempo de agonía mortal no dejó de predicar la esperanza de la salvación en Cristo Jesús desde la cruz.

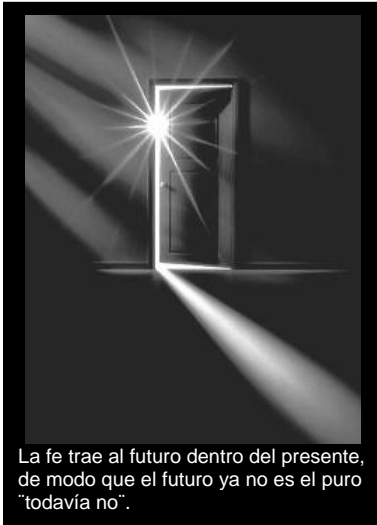
La Fe es la Esperanza.

El papa Benedicto inicia su Carta con un breve recorrido histórico y filosófico en torno a lo que conocemos como Fe y Esperanza. Llega a tiempos relativamente recientes cuando menciona a la santa sudanesa Josefina Bakhita, quien de esclava maltratada y sin esperanza de ser tratada como persona humana, se encuentra con Jesús. Cuando se le quiso devolver a Sudán ella se negó; después de hacer sus votos en Verona, entró en la Congregación de las Hermanas Canosianas y su vida posterior estuvo dedicada a la misión por toda Italia para proclamar la libertad con que había sido redimida gracias al Evangelio.

Luego, nos dice el Santo Padre, Dios nos ha mostrado el rostro de Cristo no solo con un objetivo *informativo*, sino *performativo*: que puede transformar nuestras vidas hasta hacernos verdaderamente libres. El mensaje cristiano, aclara el Papa, no era socio-revolucionario al estilo de Espartaco, Barrabás y Bar-Kokebà. Es el encuentro final con el Señor de los señores, y *el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transforma desde dentro la vida y el Mundo*.

Seguidamente aclara que aunque la mayoría de los primeros cristianos pertenecían a las clases sociales menos favorecidas, y que por eso, precisamente, estaban preparados para ese mensaje de esperanza, las conversiones en las clases sociales aristocráticas fueron abundantes, y por la misma razón: *vivían en un mundo sin esperanza y sin Dios*.

Afirma a continuación que para aquellos seguidores del Cristianismo, pudientes o pobres, el mito había perdido toda credibilidad, y que con la presencia de Jesús, y de un Dios personal, cercano, se invirtieron las leyes materiales que gobernaban hasta entonces el Universo. Desde ese instante *la vida*, escribe Benedicto XVI, *no es el simple producto de las leyes y la casualidad de la materia, sino que todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor*.



La fe trae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro "todavía no".

Y clarificando lo que significa la fe en el tiempo y en la existencia humana, señala: *la fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo.*

Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una "prueba" de lo que aun no se ve. Esta trae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro "todavía no". El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras.

La Vida Eterna, ¿qué es?

Con esa pregunta el Santo Padre abre un gran capítulo de reflexión filosófica y teológica relativa a la vida y la muerte. *¿Qué es realmente la vida?; ¿y que significa verdaderamente "eternidad"?*, se pregunta al estilo de la mejor mayéutica para comenzar respondiendo que, humanamente, podemos aproximarnos a lo que podría o debería ser la vida -bienaventuranzas, felicidad-pero que lo que cotidianamente llamamos vida, en realidad no lo es. Luego, dice el Papa, intuimos que debe haber algo mejor, una "verdadera vida" hacia la cual nos sentimos impulsados. *La expresión vida eterna*, escribe Benedicto XVI, trata de dar un nombre a esta realidad desconocida

Dice que lo eterno provoca en nosotros la idea de lo interminable, y eso nos da miedo. *Vida*, continua el Papa, nos hace pensar en lo que conocemos, que amamos y no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que, mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos.

Y nos convoca a que salgamos con el pensamiento de la temporalidad a que estamos sujetos y que la eternidad no se comprenda como un calendario sino un momento de plena satisfacción en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad... el tiempo -el antes y el después- ya no existe.

La Esperanza es comunitaria

Benedicto XVI nos ilumina ampliamente sobre la vocación comunitaria del Cristianismo. Escribe: *"Esta concepción de la "vida bienaventurada" orientada hacia la comunidad se refiere a algo que está ciertamente más allá del mundo presente, pero precisamente por eso tiene que ver también con la edificación del mundo, de maneras muy diferentes según el contexto histórico y las posibilidades que éste ofrece o excluye"*. Y se pregunta, más adelante, como es posible que se haya desarrollado la idea de que el mensaje de Jesús es individualista, y la "salvación del alma" como una huida de la responsabilidad colectiva.

Para el Santo Padre una explicación estaría en que la fe en el progreso se ha constituido, en los tiempos modernos, en un nuevo tipo de "redención"; la posibilidad de que la ciencia y el bienestar material establezcan, por sí solos, el paraíso perdido: *"Ahora, esta "redención", el restablecimiento del "paraíso" perdido, ya no se espera de la fe, sino de la correlación apenas descubierta entre ciencia y praxis. Con esto no es que se niegue la fe; pero queda desplazada a otro nivel -el de las realidades exclusivamente privadas y ultramundanas- al mismo tiempo que resulta en cierto modo irrelevante para el mundo"*.

De esa manera, la razón y la libertad del individuo, a partir de la Ilustración y la Revolución Francesa, deberían marcar el camino de la esperanza humana. Esto toma un giro definitivo, totalmente nuevo, con la aparición del llamado proletariado industrial, cuyas malas condiciones de vida sirvió a Marx y Engels para desarrollar una concepción revolucionaria del cambio social, y pronosticar un tipo de salvación terrenal una vez abolidas las clases sociales y la explotación del capital.

El Papa lo describe en estos términos: *"Después de la revolución burguesa de 1789 había llegado la hora de una nueva revolución, la proletaria: el progreso no podía avanzar simplemente de modo lineal a pequeños pasos. Hacía falta el salto revolucionario. Karl Marx recogió esta llamada del momento y, con vigor de lenguaje y pensamiento, trató de encauzar este nuevo y, como él pensaba, definitivo gran paso de la historia hacia la salvación, hacia lo que Kant había calificado como el "reino de Dios". Al haber desaparecido la verdad del más allá, se trataría ahora de establecer la verdad del más acá. La crítica del cielo se transforma en la crítica de la tierra, la crítica de la teología en la crítica de la política. El progreso hacia lo mejor, hacia el mundo definitivamente bueno, ya no viene simplemente de la ciencia, sino de la política; de una política pensada científicamente, que sabe reconocer la estructura de la historia y de la sociedad, y así indica el camino hacia la revolución, hacia el cambio de todas las cosas"*.

Y añade un poco más adelante: *“con precisión puntual, aunque de modo unilateral y parcial, Marx ha descrito la situación de su tiempo y ha ilustrado con gran capacidad analítica los caminos hacia la revolución, y no sólo teóricamente: con el partido comunista, nacido del manifiesto de 1848, dio inicio también concretamente a la revolución. Su promesa, gracias a la agudeza de sus análisis y a la clara indicación de los instrumentos para el cambio radical, fascinó y fascina todavía hoy de nuevo. Después, la revolución se implantó también, de manera más radical en Rusia. Pero con su victoria se puso de manifiesto también el error fundamental de Marx. Él indicó con exactitud cómo lograr el cambio total de la situación. Pero no nos dijo cómo se debería proceder después. Suponía simplemente que, con la expropiación de la clase dominante, con la caída del poder político y con la socialización de los medios de producción, se establecería la Nueva Jerusalén”*.

Para el papa Benedicto, la razón, la libertad individual o el desarrollo científico-técnico solos no pueden ser liberadores. En este punto, es muy claro: *“... la situación del hombre, en el desequilibrio entre la capacidad material, por un lado, y la falta de juicio del corazón, por otro, se convierte en una amenaza para sí mismo y para la creación. Por eso, hablando de libertad, se ha de recordar que la libertad humana requiere que concurren varias libertades. Sin embargo, esto no se puede lograr si no está determinado por un común e intrínseco criterio de medida, que es fundamento y meta de nuestra libertad. Digámoslo ahora de manera muy sencilla: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza.... Por eso la razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión”*.

De vuelta a la Esperanza Cristiana

Spe Salvi dedica sus últimos capítulos a lo que llama la verdadera fisonomía de la esperanza, la oración, el aprendizaje y el valor de la dolor en la espera, el Juicio Final —que parece haber sido la única parte interesante para los medios de comunicación seculares— y a María, a quien define como la *estrella de la esperanza cristiana*.

Por lo reducido del espacio, resulta imposible una exposición medianamente completa de cada capítulo. Pero algunas frases resultan ineludibles en *Spe Salvi*. En el fragmento dedicado a la relación entre libertad humana y estructuras materiales que las garantizan, nos dice: *“El recto estado de las cosas humanas, el bienestar moral del mundo, nunca puede garantizarse solamente a través de estructuras, por muy válidas que éstas sean. Dichas estructuras no sólo son importantes, sino necesarias; sin embargo, no pueden ni deben dejar al margen la libertad del hombre. Incluso las mejores estructuras funcionan únicamente cuando en una comunidad existen unas convicciones vivas capaces de motivar a los hombres para una adhesión libre al ordenamiento comunitario. La libertad necesita una convicción; una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo”*.

Y más adelante: *“Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana. La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez. La libre adhesión al bien nunca existe simplemente por sí misma”*.

Aclara *Spe Salvi* que el Juicio Final no puede entenderse desde una realidad humana, distorsionada, porque *“...La protesta contra Dios en nombre de la justicia no vale. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza. Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza: Él lo hace. La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es una imagen que exige la responsabilidad”*.

Benedicto XVI, como su antecesor Juan Pablo II, dedica especial interés a la oración, e inicia esa parte del documento con esta frase: *“Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme —cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar—, Él puede ayudarme”*.

Spe Salvi dedica a María su último capítulo. Comienza recordando un himno de los siglos VII y IX donde se saluda a María, la Madre de Dios, como “estrella del mar”. Tomando este himno como pretexto, Benedicto XVI nos dice: *“La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza... Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su «sí» abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros”*.